

cualquiera hora del día ó de la noche, estoy á su disposición.

— Gracias.

Rascal miró atentamente á Roger durante algunos momentos, y luego movió la cabeza con aire satisfecho:

— ¡Vamos! Está usted en carácter para el papel que quiero hacerle representar. Acuéstese usted, duerma y sueñe con toda suerte de bienandanzas. Usted será rey de París.

Y agregó inclinándose con irónica deferencia:

— Ofrezco mi humilde vasallaje á Vuestra Majestad.

III

En la calle de los Rosales, en el fondo de un jardín inmediato á la propiedad en que fueron fusilados en 1871 los generales Lecomte y Clemente Thomas, detrás de la enorme basílica, que nunca se concluye, del Sagrado Corazón, vive el escultor Juan Hiénard. Un pabellón de ladrillo que tiene en la planta baja unas cuantas piezas habitables, y en el primer piso, un gran estudio con su alcoba y un gabinetito tocador, constituyen los únicos dominios del hijo de la duquesa de Diernstein. Ha pagado veinte mil francos por aquel pabelloncito, porque deseaba habitar una casa de su propiedad, y para encerrarse en este rincón tranquilo y solitario renunció el escultor después de la muerte de su padre, el general Hiénard, á su magnífico hotel de los Campos-Eliseos. La actitud adoptada por el descendiente de aquella familia nobilísima, fué objeto de todas las conversaciones durante algunas semanas, y preocupó á los periódicos por espacio de veinticuatro horas. Parecía inexplicable que un joven de sus circunstancias, criado en el lujo y acostumbrado á las relaciones mundanas, se

retirase bruscamente á Montmartre, ciñéndose y ajustándose á una situación modestísima, rompiendo abiertamente con su madre, descuidando sus antiguas relaciones y rodeándose de artistas y de obreros. Esta resolución inesperada se achacó á una especie de misantropía que nadie pudo explicarse fácilmente, pero que las trazas y las conversaciones del escultor avaloraron de un modo singular. Su genio, despertado súbitamente, ha concluido por conquistarle un puesto envidiable, y aquel aficionado que en sus mocedades enseñaba á sus amigos algunos ensayos notables que le granjearon la estimación de las personas de buen gusto, se graduó de escultor potente y original con tres obras que han conmovido intensamente al mundo artístico. Su grupo de la Libertad desafiando á la Tiranía, que está en el Luxemburgo, arrancó gritos de admiración á los críticos de arte más aferrados á la idea de que nunca los meros aficionados pueden producir ninguna obra seria. Al año siguiente, el bajo-relieve representando la batalla de Diernstein, hecho para el monumento de su abuelo, el mariscal Hiénard; y, finalmente, su sublime Napoleón moribundo, lo han puesto entre los primeros escultores contemporáneos. Es muy de notar que este gran artista no quiere explotar el lado económico de sus producciones. El riquísimo banquero Oppenheimer le pidió varias cariátides para adornar el comedor de su hôtel, y Hiénard ni siquiera quiso

tasar el precio de su trabajo. La hermosa Mme Plifaunt tuvo el capricho de poseer su busto esculpido por él, y fué hasta Montmartre á sorprenderle en su estudio. Hiénard recibió á la encantadora inglesa con exquisita cortesía, le enseñó sus bocetos, quitó los vestidos húmedos de sus estatuillas de barro, y cuando la joven explicó el objeto de su visita, él respondió friamente que « no sabía » hacer bustos, que para « eso » había otros escultores, y comprometió á la visitante para que les fuese á ver. La crónica escandalosa asegura que la señora Plifaunt, acostumbrada á no encontrar obstáculos en ninguna parte, estuvo encerrada dos horas en el estudio de Hiénard, desplegando para vencerle, sus mayores recursos. Y hay que creer que sus tentativas fracasaron, puesto que el busto no se hizo. Un día que Frégose, su amigo y compañero, le preguntaba la causa de ser tan refractario al arte lucrativo, Hiénard respondió francamente:

— Mira, querido, si yo tuviese la desgracia de ganar dinero, dados mi origen, la fortuna de mi madre y sus medios de subsistencia, en seguida dirían que yo era un monstruo que arrebatava el pan á mis compañeros desgraciados. Ya sabes tú cuán penosa es nuestra profesión y cuán mal retribuida está. Casi todos empezamos trabajando como peones de albañil á los cuales nos parecemos en la suciedad de nuestra indumentaria; y únicamente á fuerza de valor, de

paciencia y de ingenio, llegamos á conseguir cierta notoriedad que apenas nos permite vivir y que muy rara vez nos conquista una posición desahogada. Nosotros no somos como los pintores, que pueden defender la vida con un lienzo, una docena de tubos de colores, algunos pinceles y un poco de talento; necesitamos un modelador para las figuras en yeso, un práctico para los mármoles, un fundidor para los bronce, y todos los utensilios de que nos servimos nos cuestan mucho. Si yo vendiese mis producciones, cualquiera que tuviese más genio que yo, estaría celoso de mi buena suerte; habría motivos para estarlo y pensaría: Hiénard encuentra trabajo y es más feliz que nosotros porque tiene buenas relaciones, y parientes ricos, y rentas. Y eso no lo consentiré nunca, ¿entiendes? Quiero que haya igualdad absoluta entre ellos y yo; y puesto que la casualidad puso entre mis manos los doce mil francos de renta que me corresponden de la herencia paterna, vivo de este dinero sin hacer competencia á los pobres que nada tienen, y no lucho con ellos más que por el arte, el triunfo y la gloria. Estas son, chiquito, mis razones; y te las doy por lo que valgan, porque tampoco deseo que nadie atribuya á orgullo vano mi resistencia á hacer bustos de mujeres bonitas, ó relojes para los burgueses, ó estatuas para el gobierno. Esos trabajos no los encuentro indignos de mí; es más, no sé si podría hacerlos. Pero esto, al

fin, es comerciar, y no me considero con derecho á ello. Cuando en los estudios se hable de esto, puedes referir sin ambages ni rodeos cuanto acabo de decirte; así, tal vez, nadie me aburrirá con nuevas preguntas.

— Eres un honrado muchacho y un duque, querido Hiénard, — dijo Frégose.

— Sí, soy un muchacho honrado, Frégose, pero no un duque. Duque era el mariscal Hiénard, que luchó cien veces como un héroe en los campos de batalla, pero sunieto, que nunca ha peleado y que es un simple amasador de arcilla, no puede ser más que el señor Juan Hiénard, sencillamente, á menos que no quiera pasar por un disfrazado. ¡Ahí tienes!... Y si te dijera que el nombre de Hiénard me gusta más que el otro, cuya matriz ó estirpe me parece alemana.... Hiénard es el soldado de Hondschoote, de Lodi, de Tagliamento, de las grandes batallas de la República. Diernstein es el nombre del ayudante sometido al Emperador. Á Hiénard le veo con los cabellos flotantes y el sombrero en la punta de la espada, conduciendo á los soldados de Sambrey-Meuse, calzados con almadreñas, al asalto de las trincheras enemigas, y cantando la *Marsellesa* entre el humo del cañón y el estrago de la metralla. Al otro, á Diernstein, me lo represento muy engalonado y con plumas en el tricornio, pero humilde recibiendo las órdenes del hombrecito de la levita gris,

teniéndole sus mapas ó su anteojo, y contestando con mesura servil: Sí, señor; sí, Majestad. Y éste no me parece el más grande, el más enérgico ni el más soberbio; el interés recae sobre otro; el héroe es Napoleón, y el mariscal no es más que un hombre de su acompañamiento; y tengo para mí que muchas veces, cuando ya era duque y tenía millones y disfrutaba de la privanza del Emperador, debió de echar de menos aquellos tiempos en que solo era un general republicano que combatía por la honra de la patria, y no por la ambición de un hombre de genio... De esto también debes acordarte, querido Frégose.

— Después de todo, Hiénard, tienes razón; pero probablemente no habría nadie que, puesto en tu lugar, discurriese del mismo modo.

— Atiende; hoy me ha dado por franquearme contigo, y seguramente nunca he sido tan explícito con nadie.

Las personas con quienes he alternado antes de retirarme aquí, me disgustaban profundamente, y estuve soportando su compañía mientras vivió mi padre, porque á mi padre le adoraba. Éste no tenía mis mismas ideas, puesto que casó con la hija del barón Grenétat, que tenía uno de los capitales más fuertes hechos bajo el segundo Imperio. Pero en cambio era un militar intachable, y durante toda la guerra mantuvo la pureza acrisolada de su apellido. Le dejaron por muerto sobre el campo de batalla de

Gravelotte, junto al general Legrand. Después, habiéndose escapado de Metz en el momento de la capitulación, luchó bizarramente en el ejército de Chanzy. Llegó á comandante de división antes de los cuarenta años, y con un jefe como él, si hubiese habido buenos soldados en vez de pobres niños medio desnudos, sin zapatos y con fusiles inservibles, probablemente los acontecimientos hubieran tenido un sesgo muy distinto. Después de la paz ascendió á general de brigada. Era militar por temperamento, sirvió en la armada y contribuyó á reorganizarla, y sólo pensaba en la revancha. Sus costumbres no se parecían á las de mi madre. Siempre estaba en provincias á la cabeza de sus tropas, mientras la duquesa de Diernstein vivía en París y daba saraos. Cuando murió hace cinco años, comprendí que acababa de perder lo que más amaba en el mundo, y me juré á mí mismo hacerme digno del honrado apellido que me legaba. Ahora hago todo lo posible por llegar á este resultado, pero, ¿no es cierto que la escultura es muy difícil?... Y como uno está seguro de no sobrepasar á Miguel Ángel, hay horas crueles de desmayo. Después se vuelve á la brega, se ensucia uno las manos y los vestidos, se amasa y modela el barro, y al fin se da á luz algo que no está del todo mal y que nos enorgullece.

— Pero, vamos á cuentas, Hiénard, puesto que te hallas en vena de confesiones: ¿peco de indiscreto

preguntándote, cómo disfrutas de una renta tan exigua siendo tu madre tan rica?...

— No tengo inconveniente en decirlo, — repuso el escultor cuyo semblante palideció cual si un sentimiento doloroso contrajese sus músculos: — mis padres se habían casado bajo el régimen comunal; y por tanto, cuando mi padre murió yo heredaba legalmente la mitad de la fortuna de mi madre.

— ¿Que era enorme?

— Enorme. Muchos millones. Mi notario me había aconsejado que aceptase la herencia; pero á mí me aterrorizó la idea de tener que regentear todas aquellas propiedades y manejar las inmensas cantidades invertidas en operaciones de Bolsa. Y además, yo creí en conciencia que aquel dinero no me pertenecía: era de mi madre, y la rogué que se quedase con él. Al fin consintió, aunque á regañadientes, porque la duquesa de Diernstein es espléndida y generosa con exceso, y todas aquellas riquezas procedentes del capital de mi padre, quedaron á su disposición. Esto era lo más cómodo para mí, y creo que á ella también le parece ahora que este fué el mejor arreglo. Disfruta de una existencia magnífica y derrocha en su casa un boato extraordinario. Todos los días leo en los periódicos la reseña de sus veladas, la enumeración de sus actos caritativos, y la descripción de los regalos que hace á los novios de los matrimonios aristocráticos. Esto me interesa

sin cansarme; y algunos domingos que no trabajo y en que me siento con deseos de dar una vuelta por los Campos-Elíseos, voy á rozarme con el gran mundo para olvidarme de la canalla de Montmartre. Entonces veo pasar el carruaje de mi madre, que es muy bueno; tiene una bonita librea, caballos soberbios, y armas grabadas en las portezuelas del vehículo y coronas en los arreos. Los lacayos ni siquiera se dignarían lanzar una mirada de desprecio sobre mí, proletario insignificante que les admira desde el borde de la acera. La duquesa tampoco me ve, es muy miope. Y todo esto pasa con un ruido extraordinario de ruedas, de cadenas de acero y un derroche de colorines y de piezas doradas, mientras que yo, hecho un pazguato, continúo tranquilamente mi paseo bajo los árboles, deslumbrado por tanta riqueza y distinción, y tomo modestamente un tranvía para irme á comer. Pero, no obstante, soy muy feliz, porque vivo á mi gusto.

— ¿Mas supongo que no estarás reñido con tu madre y que irás á verla de vez en cuando?

— ¿Yo? ¡Dios mío! No puedes figurarte el trabajo que me cuesta impedir que venga aquí. Imagínate el efectazo que su visita causaría en el barrio: yo no volvía á levantar cabeza, me obligarían á pagar doble precio por el pan y la carne, y los vecinos me mirarían con desconfianza. ¡No, no estoy reñido con ella!... y la voy á ver siempre que me escribo

diciendo que tiene algo nuevo que contarme. Esto no ocurre muy á menudo, pero nos basta á ella y á mí. ¿Comprendes? La duquesa recibe una multitud de individuos antipáticos con los cuales no quiero hablar, holgazanes, imbéciles y calaveras que se entretienen en matar el tiempo haciendo estupideces ó locuras, según el grado de su energía física; porque de energías morales no hablemos; ni siquiera las comprenden. Prefiero vivir en mi pabelloncito, solo, libre y tranquilo, y hablar contigo, mi buen Frégose, porque estoy seguro, al menos, de que tú no me traicionas, y de que al salir de aquí no irás á casa de un amigote á reírte con él de mí.

Á pesar de sus palabras y de su tranquila desocupación, se comprendía fácilmente que á Juan Hiénard la repugnaba el género de vida observado por la duquesa de Diernstein. El eco de sus aventuras llegaba algunas veces hasta él, á despecho de su aislamiento, y entonces sufría horriblemente. Lo que no se atrevía á confiar á Frégose era que no pudo vivir con su madre y con su favorito del momento, y que más bien había huído de los vergonzosos galanteos de la duquesa de Diernstein, que de sus riquezas. Pero su aislamiento obedecía al odio que le inspiró aquel mundo frívolo á quien deseaba hacer responsable de las liviandades de su madre. Este era el supremo recurso de que se valía para disculparla. De su antigua vida sólo conservaba relaciones con algu-

nos artistas, como Devienne, el célebre pintor de batallas, y el escultor Rothière. También continuaba siendo socio de *El Epatant*, en cuya sala de armas distraía algunas horas, pues era muy aficionado á los ejercicios corporales y una de sus mayores pesadumbres era la de haber tenido que renunciar á la equitación. Mas por entonces le fué imposible mantener un caballo y pagar á un hombre, para que se lo cuidase. Un día á la semana comía con Devienne y Rothière, unas veces en casa de ellos y otras en la suya: ambos tenían en mucha estima al joven artista, y Rothière aseguraba en los centros académicos con una singular independencia de criterio, que Dubois, Mercié, Fremiet y Hiénard, eran los mejores representantes de la escultura francesa. Pero el amigo predilecto de Hiénard, era Frégose. Le agradaban la inocente y simpática candidez de su amigo, y su pobreza, conmoviéndole también profundamente los accidentados comienzos de su profesión, cuando llegó de su país, en donde había trabajado como cantero en unas canteras en construcción. Le conoció en un pequeño restaurant del boulevard Clichy, al cual Frégose, que por entonces se ocupaba en hacer adornos para los fabricantes de cartón-piedra, iba á tomar un ligero desayuno. Los dos artistas trabaron amistad. Frégose reconoció inmediatamente la superioridad del talento, las ideas y la educación de su camarada; y Hiénard supo apreciar

la valerosa y paciente dignidad de aquel pobre diablo. Había adivinado su mérito á desfecho de su oficio insignificante, y se lo llevó á su hotelito, dándole casa y mesa por espacio de un año, ofreciéndole en el periodo más crítico la independencia y sosiego necesarios para trabajar, y prodigándole los consejos dictados por su gusto ya formado y por su experiencia. En aquel año Frégose se había desenvuelto y revelado, y empezó á producir esos encantadores trabajos de orfebrería artística que hoy se ven por todas partes, y que le aseguran un brillante porvenir. Por consejo de Hiénard y con su ayuda, ejecutó el espejo de mano representando á Aretusa transformada en fuente, que obtuvo en la exposición del Campo-de-Marte un éxito extraordinario y causó una verdadera revolución. Hiénard había pagado el metal, la fundición y las piedras finas que simulaban las plantas acuáticas sembradas al rededor del cristal; y había trabajado en el cincelado de la ninfa tendida y metamorfoseada en agua hasta la cintura; y llamado la atención de Rothière y de Devienne sobre aquel objeto inimitable, digno de los maravillosos adornistas del Renacimiento. El triunfo de su protegido le fué más grato que un éxito personal, y cuando Frégose fué á darle las gracias llevando en la mano los cinco mil francos que había cobrado por su obra, Hiénard le abrazó negándose á recibir el dinero que su amigo le ofrecía.

— No, Frégose, quiero que te establezcas; alquila un estudio, vive un año y trabaja. Después haremos lo que más convenga.

El otro, que era un ser sencillo y bueno á quien la miseria no había envilecido, lloró de gratitud, y aceptó las mercedes de su amigo juzgándose capaz de pagarle con su cariño. Entonces se puso á trabajar con un ahinco que bien pronto le aseguró una posición desahogada, y quería á Hiénard hasta el extremo de vender la camisa por servirle, ó de dejarse matar por él si fuese necesario. Entre Hiénard y Frégose había una diferencia física tan acentuada, como grande era el contraste ofrecido por sus dos caracteres. Uno de ellos era rubio, alto y atrevido; el otro moreno, pequeño y tímido. Cuando Hiénard se caldeaba desenvolviendo y explicando una cuestión de arte, era elocuente y elegante; mientras el buen Frégose le escuchaba maravillado y atónito, pero sin desplegar los labios, sintiéndose incapaz de formular su pensamiento con el desenfado y la enérgica verbosidad de su amigo. También se advertía otra diferencia notable entre sus respectivos caracteres. Hiénard, en amores, era escéptico y tornadizo, y cambiaba fácilmente de querida sin conceder importancia á los juramentos de fidelidad, que éstas le hacían. Frégose era cándido, bonachón y consecuente. Hacía dos años que estaba en relaciones con la hija de un rico quincallero de la calle Blanche, y no miraba á ninguna otra

mujer. Las grandes orgías de Frégose consistían en entrar en la tienda del quincallero y pedir que le sacasen una gran cantidad de tijeras y de limas, á fin de darle tiempo á Clementina, que casi siempre estaba con su madre en el fondo del establecimiento despachando la correspondencia, á levantarse para venir á hablar con el cajero fingiendo un pretexto cualquiera, y cambiar con su enamorado, merced á esta estratagemá, una mirada y una sonrisa. Cuando Hiénard veía á Frégose triste y alicaído, ya sabía de qué medio servirse para alegrarle. Le hablaba de Clementina:

— ¿Hola, Frégose, imagino que no marchan bien tus amores de la calle Blanche? Hoy parece que te has metido en el fondo de tus zapatos. ¿Es que el padre te sorprendió haciéndole cucamonas á la muchacha? ¿Ó es que tienes un rival en perspectiva?

— No, no tengo rivales, por lo menos hasta ahora. Pero hace tres días que no veo á la señorita Herbillon y temo que esté enferma.

— ¡No, hombre! Es que estamos en el mes de julio y su madre se la habrá llevado al campo. Herbillon padre, ¿está en la tienda?

— Nunca sale de ella; es un hombre que vive siempre sobre el negocio.

— ¿Y la madre, ha venido?

— ¡No! ha desaparecido como su hija. Eso es, precisamente, lo que más me inquieta.

— Frégose, tú eres tonto. ¿Por qué iba á estar enferma esa encantadora mujer que parece disfrutar de una salud excelente? Lo más probable es que haya salido de paseo. Supongo que no creerás que van á advertirte de sus quehaceres, ni á pedirte permiso para llevársela por ahí... Pues entonces, ¿para qué te mortificas con inútiles cavilaciones?

— ¡Ah, la quiero tanto!...

— Bien, quéjate, así te aliviarás. ¡La quieres mucho!... Esa no es una razón para que se te revuelva la bilis. Nadie te la quitará sin que tú lo sepas, y entonces tienes tiempo de oponerte.

— ¿Y qué quieres que yo haga si su padre, como es probable, resuelve casarla dentro de un año ó dos?... ¿Estoy acaso en condiciones de pedir su mano?

— ¿Y, por qué no?

— Pero el viejo Herbillon es rico; en el barrio dicen que tiene más de seiscientos mil francos. Como es natural, buscará un comerciante, y nunca dará su hija á un pobre escultor.

— El comerciante puede quebrar y arrastrar á su suegro en las catástrofes económicas causadas por su estupidez; mientras el escultor puede dar realce y prestigio á la familia, y ganar gloria y fortuna. No te atormentes. Yo aseguro que Clementina será para ti. Vaya, te doy mi palabra formal: ¿estás tranquilo?

Frégose se dejaba convencer poco á poco por los

argumentos de su amigo y la conversación que empezó triste concluía alegre: y así pasaron dieciocho meses, durante los cuales el honrado muchacho trabajó con ahinco y fué fiel á su amor. Estaba en muy buenas relaciones con la hija del quincallero, á la cual había conseguido escribir, y ambos se valían de un procedimiento muy ingenioso para cambiar su correspondencia. Un lechero vecino tenía en la puerta de su tienda un cuadro, que representaba varias vacas pastando en un campo. Era un cromo-litográfico pegado sobre una tabla y rodeado de un marco. Frégose, durante las guardias que hacía delante del almacén de quincalla para ver á su adorada, advirtió que entre el cromo y la tabla había una pequeña hendidura de algunos centímetros, abierta en el mismo borde del marco. Y allí fué donde colocaba sus billetes, que luego Clementina cogía y reemplazaba por los suyos; y todos iban sin firma y sin dirección; aquello era lo más sencillo y lo menos expuesto.

Un día el escultor llegó tan sumamente desfigurado á casa de Hiénard, que éste comprendió desde luego que algo extraordinario ocurría. Frégose se dejó caer sobre el diván del estudio, y permanecía inmóvil, sin desplegar los labios.

— ¿Y bien, qué ocurre? — preguntó Hiénard; — ¿hay fuego en el Louvre?

El buen Frégose meneó tristemente la cabeza, como diciendo:

— ¡Si no fuese más que eso!

— ¿Ya no vende Bouguereau? ¿El ministerio concede las cruces al verdadero mérito y no al favor? ¿Ó es que Inglaterra nos devuelve el Egipto? ¿En fin, qué? ¡Habla!... Cuéntame tus cuitas.

— Á Clementina la han pedido en matrimonio.

— Bueno, ¿y quién?

— Un fabricante de fideos de la calle de la Banque.

— Un fabricante de fideos, un hombre que trabaja en pastas... ¡Córcholis!... si es casi un artista. ¡Me parece que tu suegro se está echando á perder!

— ¿Mi suegro?

— Claro es, puesto que te he dado mi palabra de que te casarás con su hija. Ese será tu suegro, y tú serás su yerno.

— ¡No te burles de mí, Hiénard, soy muy desgraciado!

— Anda, burro, ¿quieres hacerme el favor de no llorar?

— Cállate, que con eso ha concluído todo para mí. Si además tú me abandonas, ya sólo me resta irme al puente de Billancourt á darme un remojón. Tú y ella constituís mis únicos afectos. Yo no tengo familia. Antes de encontrarte vivía solo en medio de esta gran ciudad, tan cruel para los desgraciados. Antes de conocerla trabajé únicamente para no morir de hambre. Á ella es á quien debo mi ambición y

mi orgullo. Tú me pusiste el buril en la mano y te debo cuanto soy y cuanto valgo : la independencia ganada con mi trabajo. Pero ella, ¡ya ves! ella hubiera sido mi inspiración, mi luz redentora; ella hubiese hecho de mí un verdadero artista. Y voy á perderla. ¡Ah! comprendo que mi desventura es irremediable; su padre nunca me la dará; soy muy pobre, muy insignificante.... Cuando vea mis habitaciones miserables, casi sin muebles, adornadas únicamente con mis modelos y mis estudios, tengo por cierto que me despreciará, y el preferido será el otro, el famoso comerciante, que tiene un establecimiento, y empleados, y sostiene negocios y paga contribución. ¡Yo nunca me levantaré!

Hiénard escuchó toda aquella lamentación entrecortada de lágrimas, con el entrecejo fruncido, y á pesar de su alegre temperamento permanecía silencioso ante aquel dolor tan sincero. Las palabras de consuelo le parecieron inútiles y degradantes, pues quería demasiado á Frégose para aburrirle con exhortaciones que no habían de aminorar su pesadumbre. Empezó á caminar á largos pasos por su estudio, y de repente se detuvo delante de su amigo.

— Tú no has pensado en que el viejo Herbillon te ruegue que aceptes á su hija antes que tú se la pidas. Después de todo, ese buen negociante no te conoce. ¿Qué puede inducirnos á creer que sea

refractario á las bellas artes?... Todavía no sabes si tendrá dura la piel. ¿Por qué no vas á verle?

Aquella proposición hizo estremecer á Frégose como si le hubiesen comprometido á presentarse delante de un soberano.

— ¿Quieres que vaya yo?

— ¿Tú, Hiénard?

— Sí, yo, Hiénard; yo te serviré de padre en este aprieto. Sin perder un momento iré á ver al señor Herbillon, le referiré tu historia y tus esperanzas, y le haré comprender que su deber de padre consiste en entregar su hija al único hombre que puede hacerla dichosa.

Frégose se levantó de un salto, cogió á Hiénard entre sus brazos y le apretó con tal fuerza, que el escultor gritó, medio ahogado:

— Si empiezas estrangulándome, ¿cómo quieres que defienda tu pleito?

El buen Frégose le soltó y exclamó radiante de júbilo:

— ¡Ah, si tú tomas cartas en el asunto, me considero salvado! ¡Tienes tanta suerte para todo! Le vas á volver loco al pobre hombre, y comprenderá que el arte no es tan despreciable cuando hay artistas como tú. ¿Piensas darle á conocer tu nombre y tu título?

— ¿Pero, has perdido el juicio?

— Yo creo que eso contribuiría al buen éxito.

— Me tomaría por un aficionado.

— En ese caso te bastaba con llevarle al Luxemburgo.

— No, simplón; mejor es, Juan Hiénard, sencillamente. ¿No lo sabes? Estoy orgulloso de ese nombre y nunca usaré otro. Es patrimonio exclusivo de mi abuelo y mío: el héroe y el artista. Cada uno de nosotros lo ha honrado y encumbrado á su modo.

— ¿Y cuándo irás? — preguntó Frégose que no perdía de vista su negocio.

— No iré, voy.

— Entonces te enseñaré el camino.

— Deja que me vista una levita. Empecemos otorgándole al burgués alguna concesión.

Al fin, salieron, y cuando Frégose vió entrar á su amigo en el establecimiento, se quedó temblando. Herbillón estaba detrás del mostrador. Á la señorita Clementina se la distinguía vagamente dentro del cuartito de cristales en que se llevaba la contabilidad.

— ¿El señor Herbillón? — preguntó Hiénard con voz sonora.

— Yo soy, caballero — repuso un hombrecillo grueso y de fisonomía alegre. — ¿En qué puedo servirle?

— Caballero, necesito decirle dos palabras relativas á un asunto que le interesa á usted personalmente.

— Muy bien, señor; tenga usted la amabilidad de pasar á mi despacho.

El despacho era una habitación obscura, atestada de paquetes de muestras, y en la que se respiraba un intenso olor á hierro. Un montón de escobones metálicos jugaban simétricamente con una serie de guardafuegos. Por todas partes se veían manojos de clavos de diversos tamaños que se erizaban amenazadores; y diseminados por el suelo aparecían grandes rollos de hierro galvanizado ensartados en largas varillas y dispuestos regularmente, como los anillos del pórtico á través de los cuales Ulises, de vuelta en Itaca, hizo pasar su flecha ante los ojos de los pretendientes admirados.

— Hágame usted el favor de sentarse, caballero, — dijo Herbillón ofreciéndole un sillón después de sacudirlo cuidadosamente. Luego se acomodó sobre una pirámide de anafes, y pareció dispuesto á escuchar, con aire complaciente.

— Caballero, — dijo Hiénard, — estoy encargado de una comisión muy delicada. Usted tiene una hija encantadora. Uno de mis amigos no ha podido verla sin enamorarse de sus hechizos con una pasión tan grande como sincera, y yo vengo en representación suya, á preguntarle á usted si tiene inconveniente en acceder al matrimonio.

Al escuchar aquella proposición tan terminante y tan breve, la sorpresa de Herbillón fué tal que por

el momento no supo qué responder. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y su boca quiso sonreír; hizo un gesto vago, indefinible y continuó atónito, mirando al escultor. Hiénard aprovechó aquella sorpresa para añadir:

— Comprendo que lo que hago con usted, no es lo corriente. Mi amigo debía haberse presentado y procurado captarse las simpatías de usted: pero es extraordinariamente tímido y usted le inspira un respeto rayano en el terror. Usted piensa, tal vez, que un amigo no es la persona más idónea para intervenir en un asunto de esta índole, que esta comisión corresponde más bien al padre, á la madre ó á un pariente cualquiera. Pero, en el presente caso, hay para eso un obstáculo insuperable: mi amigo es huérfano y no tiene familia. Le ruego á usted, por tanto, que se resigne á aceptarme como á su único embajador ó representante.

M. Herbillón, que ya se había repuesto, repuso con mucha cortesía:

— ¿Y á quién tengo el honor de hablar?

— Al escultor Juan Hiénard.

— ¡Juan Hiénard! — gritó el quincallero; — ¿cómo, usted es el autor de Napoleón moribundo?...

Á despecho de su escepticismo, Hiénard sintió halagado su amor propio.

— Sí, señor, — repuso; — ese Napoleón, es mío.

— ¡Ah, caballero, — dijo Herbillón mirando al escultor con admiración; — tiene usted un gran talento!

— Caballero, — replicó Hiénard, — mi amigo es un artista de muchísimo mérito y á quien le está reservado un porvenir espléndido. Si así no fuese, yo no me atrevería á recomendárselo á usted.

— Pero, señor, — exclamó el negociante; — mi hija ya ha sido pedida por un hombre muy formal, de posición soberbia: casa acreditada desde hace cuarenta años, de padres á hijos; fortuna asegurada, parientes ricos....

— ¿Y vuestra hija, le ama?

— Ella no le ha visto más que una vez.

— Pues bien, señor, hable usted con la señorita Herbillón. Yo creo que á mi amigo le ha visto con más frecuencia.

— ¡Caballero! quiere usted decir....

— Nada que pueda ofenderle á usted. Mi amigo tiene ojos, vuestra hija también los tiene. Se han visto y examinado á distancia; tengo para mí que, tratándose, habían de entenderse mejor. Infórmese usted. Yo estoy convencido de que usted es un buen padre y un hombre excelente. Usted no querrá hacer daño á nadie, y menos á la señorita Clementina.... ¡Pues bueno! usted tiene su felicidad entre sus manos.

— Caballero, todo lo que usted me está refiriendo,

me molesta. ¡Cómo, mi hija sin decirme nada! ¿Quién lo hubiese creído? ¡Y su madre que nunca se separa de ella!... ¿Cómo se llama vuestro amigo?

— Julio Frégose.

— ¿Quiere usted rogarle que venga á hablar conmigo?

— Sí, señor; supongo que estará en la puerta esperándome.

— ¿Quiere usted tener la bondad de irle á buscar?

— Con mucho gusto.

Hiénard salió, dejando á Herbillón en el apogeo de una sorpresa que no podía dominar. Momentos después reapareció trayendo á remolque á Frégose, que estaba pálido de emoción: después exclamó con aire triunfal presentándosele á M. Herbillón.

— Caballero, aquí tiene usted á mi amigo Frégose, y me retiro rogándole que sea con él tan deferente y tan amable como ha sido usted conmigo.

Saludó al quincallero que se deshacía en reverencias, y se marchó dejando al pobre enamorado frente á frente del padre de Clementina. Entró en su casa inquieto, pues le había dado á Frégose su palabra de casarle y luego, cuando el momento decisivo se acercaba, no le parecía tan fácil la realización de la empresa. Aquel padre tan obeso y tan simple, parecía ser un hombre prudente y calculador; y su prudencia consistía, á su entender, en casar á su hija con el fabricante de fideos. Un artista para él y los

suyos, era un extranjero, un advenedizo, y necesariamente experimentaría hacia él alguna desconfianza. A un orgulloso hubiera podido halagarle la solicitud de Frégose, pero el señor Herbillón, tal como se había manifestado, no demostraba tener ni un átomo de vanidad. Iba tras lo positivo y substancial: y su ideal lo llenaba cumplidamente el fabricante de fideos.

Poco á poco, y á fuerza de cavilar consigo mismo, acabó Juan de persuadirse de que el viejo Herbillón era quien tenía razón. Seguramente Frégose estaba lleno en aquellos momentos, de amorosa pasión, ¿pero quién certificaba que aquel fuego sería duradero? En resumidas cuentas, Clementina era una pobrecilla muchacha muy ordinaria, á quien la teneuría de libros no debió de ensanchar mucho los horizontes de su entendimiento. La frescura y lozanía de la juventud, la belleza del diablo, todo aquello que sedujo á Frégose, pasaría rápidamente y entonces, ¿qué restaría de tantos ensueños? La quincallería, el padre y la madre Herbillón, y la vulgaridad de su medio social. ¡Y por eso era por lo que su compañero pensaba suicidarse arrojándose desde el puente de Billancourt!

Permaneció silencioso, estudiando aquel problema de la felicidad, en el cual sólo veía un fingimiento óptico, una ilusión, un espejismo, destinados fatalmente á desaparecer. Sonrió ligeramente y pensó:

¿No le ocurre á todo el mundo, sea cual fuere su condición, la misma cosa? ¿Y no es aplicable el caso concreto, y particular, al general? ¿Por qué la dicha de Frégose iba á ser más huera que la de ese gentil marqués que acaba de desposarse con una americana riquísima? ¿Y por qué los encantos de la señorita Clementina iban á ser más duraderos á los ojos del fabricante de fideos, que á los de mi amigo? Bien mirado, todos estos son convencionalismos. Es indudable que cada cual es feliz con lo suyo hasta apercibirse de que no lo es: y entonces el problema del dolor es el que viene á reemplazar y substituir al problema de la dicha; siendo tan vano, tan falso y tan efímero como éste, puesto que casi siempre nos consolamos de nuestros descalabros hasta el extremo de costarnos trabajo creer en las lágrimas que hemos derramado. La ley, por tanto, de la suprema sabiduría, aconseja que no nos preocupemos. Si Frégose se casa, quizá labre con su matrimonio su desventura; y si no se casa, tal vez acierte con la causa de su fortuna y de su gloria.

Á este punto de su soliloquio había llegado, cuando la puerta de su estudio se abrió dando paso al individuo objeto de sus filosóficas divagaciones. Frégose estaba colorado como un pavo y preso de una sobreexcitación extraordinaria, y gritó sin poderse reprimir:

— ¡Hiénard, no querrás creer lo que voy á decirte! El señor Herbillón es un hombre admirable: me da su hija.

— ¡Bravo! — exclamó el escultor alegremente.

— Pero es preciso, — añadió Frégose, — que yo aporte al matrimonio una dote de ciento cincuenta mil francos. ¿De dónde los saco?

Hiénard se quedó pensativo, meditando. El quincallero es más ladino de lo que creemos. No ha querido despedir brutalmente á mi candidato, pero en cambio le ha impuesto unas condiciones que equivalen á una negativa. ¡Ciento cincuenta mil francos!... ¡Pobre Frégose!... ¿De dónde pensará sacarlos?... Y volviéndose hacia su amigo:

— ¡Si hiciésemos excavaciones en Montmartre!

Al oír estas palabras Frégose palideció, sus manos se juntaron en ademán suplicante, y mirando á Hiénard como si viese en él á un verdugo:

— ¡Dios mío!... Si tú no crees que yo pueda encontrar ese dinero, entonces, estoy perdido.

Dejóse caer sobre el sofá y permaneció inmóvil, con la frente inclinada, sumido en una postración dolorosa.

— ¡Perdido! — dijo Hiénard; — vamos, no exageres. ¿Es cierto que tu buena amiguita te quiere bien?

— Sí, pero obedecerá á su padre; y su padre no quiere oír hablar de un yerno á quien tuviese que

mantener, ó que deje á su hija en el desamparo, si acaso ésta llegase á enviudar. Es un hombre claro y leal. Está dispuesto á renunciar al matrimonio proyectado y á satisfacer á su hija á toda costa; pero no quiere hacer una tontería, y dar á Clementina á un artista sin dinero, le parece estúpido. Esta es la verdadera situación en que unos y otros estamos colocados. Y yo, ¿ voy á renunciar á la vida y á toda mi felicidad, por una miserable cantidad de dinero?... ¿Dónde se venderá dinero con el porvenir de un hombre por garantía?... ¿Qué usurero me prestará ciento cincuenta mil francos, poniendo en fianza mi cabeza?

— Esos enredos no se ven más que en las obras de Shakespeare, — dijo Hiénard, — y Shylock es un cordero comparado con los atigrados prestamistas contemporáneos.

— Entonces, ¿ crees que no los encontraré? — preguntó Frégose con repentina tranquilidad.

— Seguramente no los encontrarás. Figúrate que vas á casa de un banquero diciéndole: Señor, necesito ciento cincuenta mil francos para casarme con la hija de un quincallero... Y se reirían de ti y en tus propias barbas, pobretón. Todo eso que me cuentas, no es nuevo. Es el género de Paul de Kock. Tu « M. Dupont » de suegro, es ridículo, y en cuanto á la « Doncella » de la calle Blanche, únicamente tú podías transformarla en heroína ó protagonista de

un drama amoroso. Vuelve á tu estudio, Frégose, coge un buen bloque de tierra y trabaja doce horas diarias; quizás no consigas ejecutar una obra maestra, pero seguramente te consolarás olvidando. Es necesario que te convenzas, querido, de que el amor es una farsa. Lo único serio y perdurable que hay en el mundo, es el trabajo; sí, el trabajo fecundo y creador; ahí radica el único goce humano digno de deseo. ¡ Lo demás, no vale nada !

Frégose escuchó, triste y sombrío, las amargas frases de su amigo, y murmuró sin levantar la cabeza :

— Hiénard, me pudiste hablar así cuando empecé á amarla; ahora ya es tarde.

— ¿ Pero quién iba á imaginarse que lo tomases tan en serio? ¡ Es una estupidez inconcebible, la de ponerse el entendimiento del revés por una merca-chifle que ni siquiera es bonita !...

— La mujer amada es siempre la más bella, — repuso Frégose dulcemente.

— ¡ Pero puesto que el padre no quiere dártela !... Porque pedir ciento cincuenta mil francos por su hija, á ti, que no tienes un cuarto, equivale á negártela... Y pues la hija no tiene bastante valor para resistirse y te sacrifica, según acabas de confesármelo, ¿ qué puedes hacer ?

— Nada, — repuso Frégose levantándose. Tienes razón, no puedo hacer nada.

Dió algunos pasos vacilantes por el estudio; después se acercó á su amigo, le miró con los ojos arrasados en lágrimas y tendiéndole la mano :

— Adiós, Hiénard. No te guardo rencor por lo que me has dicho : en el fondo tienes razón. Yo soy el único responsable de no poseer dinero suficiente para comprar mi felicidad.

Hiénard palideció, turbado por la resignación y la dulzura de las palabras de su amigo; y se preguntó si no era responsable, en parte, de las desventuras del pobre muchacho. ¿No le había repetido él hasta el punto de hacerle concebir esperanzas : Tú te casarás con Clementina, yo te lo aseguro? ¿No fué él mismo á pedírsela en matrimonio á Herbillón? Y ahora se mofaba del enamorado vencido, acribillándole con sus epigramas; y él, que no quería, negaba la existencia del cariño, mientras que tal vez el buen Frégose iba á morir de amor. Repentinamente tuvo vergüenza de sí mismo y arrojando lejos de sí su desencantado escepticismo, suavizó la expresión de su semblante y la acritud de su voz, y mirando á Frégose con una fisonomía muy distinta :

— Vamos, grandísimo badulaque, ¿ es posible que tomes por lo serio todo lo que digo? ¿ Crees que voy á dejarte en la estacada? No necesitamos acudir á ningún banquero para conseguir los ciento cincuenta mil francos deseados; yo te indicaré un prestamista de buena pasta.

— ¿ Quién es? — gritó Frégose iluminado por un rayo de esperanza.

— Yo.

— Tú, Hiénard. ¿Y cómo vas á procurarte ese dinero?

El escultor miró á su amigo gravemente, permaneció silencioso algunos instantes y luego repuso moviendo la cabeza :

— Iré á pedírselos á mi madre.

— ¿ Á la señora duquesa de Diernstein? — preguntó Frégose estupefacto.

— Sí, á la señora duquesa de Diernstein, — repitió Hiénard. Tengo derechos para hacerlo, Frégose; pero ten por cierto y averiguado que no lo hubiese hecho nunca, ni para mí mismo.

Y como viese que su amigo abría la boca para darle las gracias y extendía los brazos para estrecharle entre ellos, Hiénard le contuvo diciendo :

— No me digas nada, es inútil y déjame solo. Vete, buen Frégose, llevándote esa esperanza. Tú serás dichoso, puesto que puedes serlo.

Condujo al apasionado adorador de Clementina hasta la puerta, y cuando se halló solo volvió á sentarse sobre el sofá. Allí permaneció más de un cuarto de hora, reflexionando; después lanzó un suspiro, se pasó la mano por la frente y se levantó murmurando :

— Estamos en el mes de agosto y mi madre, obe-

diente al ritual mundano, estará en Deauville. Vamos, intrépido Hiénard, hay que frecuentar por ahora la buena sociedad. Prepara tu equipaje, imbécil, puesto que á ello te obligan tus amigos.

Y entó en su cuarto y empezó á abrir y á cerrar gavetas con una violencia, que bien claramente demostraba cuánto le aburría la perspectiva de aquel viaje.

IV

El hotel de la duquesa de Diernstein es uno de los más ricos y más hermosos de Deauville. Su azotea llena de jazmines y de rosas es, á las cinco de la tarde, el punto de cita de los elegantes y de las heteras que acostumbran ir á distraer tres semanas á orillas del mar, antes de retirarse á su posesiones veraniegas para la estación de la caza. La bizarra esplendidez de la dueña hace del hotel una especie de terreno neutral en que se encuentran y confunden en agradable baturrillo, la aristocracia y el comercio; y allí se ven á las damas de más alto copete alternando con las mujeres recién enriquecidas y menos linajudas, y disfrutando de los mismos placeres y de idéntica deliciosa libertad. La variedad de coches para paseo, el atractivo de los bailes y de las comidas, y la posibilidad de entregarse sin trabas ni reservas al coqueteo, son placeres que aminoran y dulcifican la repugnancia que inspiran ciertos concurrentes desagradables; y algunos maridos intratables son recibidos gracias á sus mujeres, y algunas